

PALABRAS DE MONSEÑOR HERNÁN SALCEDO PLAZAS
DURANTE LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI
POR EL CAMPUS DE LA UNIVERSIDAD DE LA SABANA
17 DE MAYO DE 2012

Con vuestra licencia, Señor Sacramentado

Hoy, al detenernos en este altar de la procesión, queremos revivir la experiencia de los primeros discípulos cuando vieron aparecer a Jesús en el Cenáculo, la tarde del domingo de Resurrección.

En palabras del Santo Padre,

“entonces, como ahora, el culto cristiano no es solo una conmemoración de acontecimientos pasados, y mucho menos una experiencia mística particular, interior, sino fundamentalmente un encuentro con el Señor resucitado, que vive en la dimensión de Dios, más allá del tiempo y del espacio, y sin embargo está realmente presente en medio de la comunidad, nos habla en las Sagradas Escrituras, y parte para nosotros el Pan de vida eterna. A través de estos signos vivimos lo que experimentaron los discípulos, es decir, el hecho de ver a Jesús y al mismo tiempo no reconocerlo; de tocar su cuerpo, un cuerpo verdadero, pero libre de ataduras terrenales” (Benedicto XVI, Regina Caeli, 15 de abril de 2012).

¡Verte y no reconocerte! Caminamos en el claroscuro de la fe. Ver sin acabar de ver: así es nuestro andar por este mundo. Por la fe sabemos con certeza inquebrantable que estás aquí realmente presente, con tu Cuerpo, con tu Sangre, con tu Alma y con tu Divinidad. Te miramos con inmenso amor y, como los Apóstoles, no logramos reconocer tus facciones, tu mirada, tus gestos, tu voz; verte cara a cara. Podemos afirmar con San Juan, aquel día de la pesca milagrosa: Dominus es! (Jn 21, 7). ¡Eres Tú, nuestro Señor! A la vez que, como tus discípulos, no nos atrevemos a preguntarte: *Tu quis es?* (Jn 21, 12), porque sabemos que eres el Señor.

Romano Guardini escribe: “El Señor ha cambiado. Ya no vive como antes. Su existencia [...] no es comprensible. Sin embargo, es corpórea, incluye [...] todo lo que vivió; el destino que atravesó, su pasión y su muerte. Todo es realidad. Aunque haya cambiado, sigue siendo una realidad tangible” (*Il Signore. Meditazioni sulla persona e la vita di N.S. Gesù Cristo*, Milán, 1949, p. 433).

Para tratar a Jesús Sacramentado necesitamos la audacia, niña de la fe. La Eucaristía es lo real, aunque oculto. Dios oculto, la creación oculta, la vida de cada uno de nosotros escondida en Cristo. Llegará la manifestación cuando se cumpla el designio divino sobre todas las cosas: entonces Te veremos cara a cara, y Dios será en plenitud todo en todas las cosas (1 Cor 15, 28).

“Hoy celebramos el vigésimo aniversario de la beatificación de San Josemaría. Desde el Cielo nos asiste y nos repite, con la vibración de un corazón que ya está anclado definitivamente en Dios, unas palabras suyas de los comienzos del Opus Dei en la

tierra cuando, sacerdote joven, se encendía en la oración ante Jesús Sacramentado. Estas palabras nos van a servir de pauta para que cada uno haga su propia oración, yo la mía. A San Josemaría le ilusionaba que nos soltáramos, que aprendiéramos a volar, que no nos limitáramos a repetir sus palabras, que nuestra oración fuese siempre un diálogo de enamorados con nuestro Dios, Uno y Trino, con la Madre de Jesús, con San José, con los Ángeles, con los Santos.

Ciérrense los ojos de nuestro cuerpo, ábranse los de nuestra alma; tengan paz nuestros oídos y pongámonos a escuchar la voz de nuestro Jesús. Háblémosle en confianza amorosa, como amigos íntimos, como hermanos, como hijos. ¡Jesús: verte, hablarte! ¡Permanecer así, contemplándote, abismado en la inmensidad de tu hermosura y no cesar nunca, nunca, en esa contemplación! ¡Oh, Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera para quedar herido de amor a Ti y, embriagado y sustentado de este amor, desentenderse completamente de las cosas mundanas!

¡Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera y quedase amorosamente hundido en tu seno, amándote sin cesar y siendo amado de Ti, y reviviese el encanto de aquella vieja leyenda del monje que pasó los siglos –siglos que no fueron sino un momento– arrobado, en la presencia de tu infinita hermosura! Decía la leyenda que saliendo el monje del convento fue al bosque; pero allí Tú te apareciste ante sus ojos. Él se quedó quieto, gozando de tu vista. Cuando terminó su contemplación, se levantó para regresar al convento. Pero sus muros eran otros, viejos, desmoronados. Miró en torno suyo y vio muy añosos los árboles. Llamó, al fin, y un fraile en hábito negro le abrió. El monje contempló con asombro su

propio hábito blanco; el que le había abierto era de otra Orden. Es que su contemplación había durado tres siglos y en ellos el mundo se había agitado, la revolución había pasado, arrollándolo todo, por aquellas tierras, y tras esos sucesos una nueva Orden se había asentado en el monasterio. Tres siglos del mundo, largos, llenos de devastación, de ruido, de agitación, no eran sino un momento ante la eternidad de Dios.

¡Jesús: verte, hablarte, amarte y sentirse amado de Ti! ¡Olvidarse de las ataduras de este mundo, librarse de su yugo y dejarte la plena posesión de nuestro corazón, abierto para Ti y solo para Ti! Tú sabes, Señor, que te amo. Sí –te lo confieso como Pedro (cfr. Jn 21, 17)—, Tú sabes que, a pesar de mi miseria, te amo, y que en medio de mis locuras no he dejado de amarte. Pues multiplica Tú, con tu poder y tu piedad, este amor hasta que no tenga límite ni medida. Hierde el corazón de este pobre y los de todos mis hijos, los de todos tus hijos, y aplícales tu cauterio para que nunca más deseen gustar de las cosas mundanas. Envuélvenos en las llamas de tu amor, y que nos consuman y nos curen y nos purifiquen. Dios mío, que seamos ya tuyos, tuyos solamente, y no nos sintamos atraídos por los goces y afectos de aquí abajo”.

Terminemos este rato de oración, de adoración rendida a Jesús Sacramentado, acudiendo a María Santísima, siempre presente junto a su Hijo escondido en el Sagrario: Madre, enciéndonos en Amor a Jesús, convierte toda nuestra vida en un acto de entrega rendida al Señor, que nada nos separe de Él, que todo nos conduzca al destino de felicidad eterna a la que nos ha destinado, abriéndonos el Cielo con su Encarnación, Muerte y Resurrección.

Adoremus in aeternum, Sanctissimum Sacramentum!